

## SAN JUAN DE ÁVILA Y SEVILLA O EL SABER HABLAR DE DIOS CON LAS HERMOSAS PALABRAS DE LOS HOMBRES

CARLOS AMIGO VALLEJO, OFM  
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla

Y Sevilla. Una frase que se dice como término y final de una etapa. También para anunciar el comienzo de algo nuevo. Y aplicándolo a san Juan de Ávila tenemos que decirlo con énfasis, y subrayando las palabras. Porque la ciudad del Guadalquivir cambiaría por completo su vida. No solo por el itinerario, bien distinto, en el que pensaba encontrar los caminos del Señor: misionero en las Indias, evangelizador en unas tierras nuevas, el anuncio de Cristo a quienes todavía no lo conocían...

Estaba Juan de Ávila deambulando por las calles de su ciudad interior y preguntando a unos y a otros dónde podría encontrar y servir mejor a su Señor Jesucristo. Y vino a encontrarse, en Sevilla, con un sacerdote tan santo como pobre: el venerable Hernando de Contreras. Y mientras los dos pedían limosna hablaban de las cosas de Dios. Y a Juan de Ávila se le abrieron los ojos del alma y en Andalucía se quedó para siempre... «Gran negocio hemos hecho —diría el arzobispo Alonso Manrique— en detener a este gran varón en Sevilla».

El venerable Contreras le hace ver lo que Dios quería que viera. ¡Las mediaciones humanas! Después se hablará con el arzobispo. Y el prelado encuentra el criterio de discernimiento: ¡Este hombre habla de Dios con palabras de Dios! Así que a predicar y vivir el Evangelio, pero aquí, donde en este momento Dios y la Iglesia lo necesitan. Y Juan de Ávila sería ya para siempre el Apóstol de Sevilla y de Andalucía.

La Inquisición lo puso en la cárcel. Y la gracia de Dios en las manos de Cristo. Estoy sufriendo hasta llevar cadenas como un malhechor; pero la Palabra de Dios no está encadenada, como diría san Pablo (2 Tim 2,9). En la soledad y en el silencio, Juan aprendía las sublimes lecciones de la sabiduría de la cruz: solamente estando abrazado a Cristo se puede llegar al encuentro con todos los hombres y mujeres del mundo. Con esta lección tan bien aprendida en la cátedra del sufrimiento, Juan sería el Maestro Ávila, un maestro de la palabra de Dios.

Cristo es quien hacer ver y comprender la misericordia de Dios. En este convencimiento, no se puede vender el perdón poniendo condiciones, pues somos administradores y responsables de esa bondadosa piedad de Dios. De la compasión para ganar a las ánimas enajenadas, hablaba san Juan de Ávila. Y se comprende bien, porque llevaba en su corazón lo más grande de la ley: el amor a Dios y al prójimo.

Juan de Ávila y Hernando de Contreras eran sacerdotes y de los sacerdotes hablaban: «son pastores y criadores, ojos y faz de la Iglesia, misión de Cristo, honra y contentamiento de Dios». De esta forma, descubrían lo que podríamos llamar la identidad, misión y testimonio del sacerdote. Vocación, ministerio y vida, porque el sacerdote ha de ser «siervo de todos para ganarlos a todos» y débil con los débiles, según expresión de san Pablo (1 Cor 9,20). Pero todo con el único deseo de ser fiel al Evangelio.

El sacerdote se ha sentido herido por el grito de quienes estaban desalentados y sin pastor (Mt 9,26), y ha sido llamado para apacentar «en los pastos de ciencia y doctrina [...] aunque sea con derramar sangre y dar la vida, como hizo Cristo, y dijo que este tal es buen pastor» (*Advertencias al Conc. de Toledo*, I,6). Si «relicarios somos de Dios, casas de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios», también «somos principalmente diputados para la honra y contentamiento de Dios y guarda de sus leyes en nos y en los otros» (*Plát. sac.* 1, 6.12). Por eso mucho se ha de contemplar la primera ley que hay en la casa de Dios, que es la del amor. Mirar mucho a Dios y poco a uno mismo, no siendo que mirándose uno a sí mismo, desmaye (*Sermón 48*).

El secreto de tan admirable programa está en «mirar a los demás como Cristo te mira a ti», pues quien ofrece a Cristo está llamado a ofrecerse con él y poner los ojos en Cristo, porque si se han de «ganar las ánimas enajenadas» solo podrá hacerse desde la compasión, que es mirar el dolor de Dios en sus hijos. Y hacerse pan para Cristo, manjar que él comiere, vestidos que él vistiere, casa donde él morare (*Sermón 48*).

San Juan de Ávila estuvo muy cerca de la escuela de los dominicos salmantinos. Allí podría escuchar muchas veces el pensamiento de santo Domingo: Hablar con Dios y hablar Dios. San Juan de Ávila buscaba el rostro de Dios y le daba vueltas a la verdad hasta que se metiera dentro. No encontró camino mejor que poner los ojos en Cristo.

Para ello, habrá que ocuparse y dejarse acompañar de la oración, asidas las manos a los pies del crucifijo. El conocimiento de Cristo llenará de alegría si se sabe pasar de uno mismo a la contemplación del saber de Dios. El Maestro Ávila recuerda que *la conversación con Dios no tiene amargura*. «Es buen discípulo el que obra y se le pega a las entrañas lo que oye» (*Sermón 49*, 10) y es sensible a los intereses de Dios y a los problemas de los hombres. Pues «como Dios sea amor, de solo amor se deja cazar» (*Carta 67*).

Juan de Ávila ha pasado a la historia como santo y como maestro de las cosas de Dios. Pero también ha de figurar entre los mejores clásicos de nuestro lenguaje, pues supo utilizar, con la mayor fidelidad a la palabra del Señor, el hermoso lenguaje que saben comprender los hombres.

+ J. Lario  
Cora. Anselmo Vallejo